

# FANTASIA SEXENAL

En México, cada sexenio, la élite dirigente desarrolla una fantasía particular; algunas son inocuas -México dedicado al trabajo fecundo y creador- pero otras no. Sin la fantasía, sin la capacidad de escaparnos de la realidad, por la vía de la imaginación, la vida cotidiana sería difícil de sobrellevar. Sin embargo, mucha fantasía puede alejarnos de la realidad al punto de causarnos problemas; llevada al extremo, la fantasía se convierte en locura.

Tras el acuerdo de libre comercio con Estados Unidos en 1993, el siguiente objetivo internacional de los salinistas fue lograr la admisión de México a un club de países ricos: la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) con sede en París. Este peculiar empeño en hacer aparecer a México como compañero de viaje de Estados Unidos, Alemania o Japón, se encuentra en algún punto entre la fantasía inocente y la locura.

El momento político que vivimos es de antiguas incertidumbres que se desmoronan sin que las reemplacen nuevas. Es importante mantenernos lúcidos, con los pies en la realidad, por desagradable que ésta sea. Sería irresponsable en extremo no haber aprendido de aquellos años tan fantasiosos como desastrosos, en que el petróleo llevó a la élite lopezportillista a ver ;"la administración de la abundancia" como el gran problema nacional!

Al final de marzo, y en medio de la crisis producida por el asesinato del candidato presidencial del partido del Estado, el gobierno anunció, para tranquilizar a los grandes especuladores nativos y extranjeros, que México acababa de ser admitido a la OCDE, es decir, ¡un club de ricos estables! El nuestro se convirtió en el primer país latinoamericano del exclusivo grupo de 25 socios. Sin embargo, el poder codearnos en ese club de París con los ricos que en el mundo son, no nos hace realmente parte del grupo, y eso debe quedarnos muy claro.

El problema central de México -y nadie debiera dudarlo- es uno solo, aunque con infinidad de ramificaciones: la pobreza. Y mientras ese siga siendo nuestro problema y característica principal, poco tenemos que hacer en Las organizaciones de los ricos. México, además de país obre, es un país injusto, muy lejano de Las formas de vida material, política, cultural y moral, del Primer Mundo. Ninguna fantasía tecnocrática nos debe llevar a suponer que ya hemos cruzado la línea que separa al subdesarrollo del desarrollo.

La incorporación de México a la OCDE se ha manejado como parte de una campaña de propaganda que busca convencer a propios y extraños que, gracias a la adopción del neoliberalismo en su versión salinista, ya somos parte de la élite mundial, de los ganadores, pues finalmente hemos logrado lo que buscamos desde el siglo XIX: la modernización y el despegue económico. La realidad nos dice que tales ideas pertenecen al reino de la fantasía. Nuestro atraso profundo lo gritan la pobreza extrema con que nos topamos a diario, Las cifras

del ingreso *per capita* y su injusta distribución, el débil crecimiento del producto interno, el bajo gasto en investigación y desarrollo científico, la deficiente infraestructura, el gran déficit con el exterior, la baja calidad de la vida, el desastre ecológico, la enorme deuda externa total, etcétera.

Pero volvamos al club al que hemos ingresado. ¿Qué es la OCDE? Esa organización que abrió sus puertas en 1961, fue y es básicamente una agrupación de los países desarrollados. Su objetivo es coordinar políticas para lograr el más alto crecimiento sostenido posible de la producción, el empleo y el nivel de vida del grupo. En su interior, los miembros discuten y toman acuerdos sobre políticas económicas y sociales. De los países de la OCDE, los menos prósperos son Grecia, Portugal y Turquía. Sin embargo, sólo Turquía, con mil 820 dólares por cabeza. El que sigue, Portugal, tiene el doble que nosotros y Grecia un poco más; a partir de ahí, el indicador se dispara hacia una España con un ingreso por habitante casi siete veces superior al mexicano, hasta llegar a los países verdaderamente ricos, con ingresos individuales promedio de 10 veces o más que el nuestro.

Los países más pobres de la OCDE también vivieron, como México, bajo sistemas autoritarios. Sin embargo, Portugal, y España fueron los iniciadores de la "tercera ola" democrática y Grecia se unió a ella después. De nueva cuenta, sólo Turquía tiene problemas en ese campo. Tras la inestabilidad de los años setenta, vino el golpe militar de septiembre de 1980, con su secuela de represión y torturas. En 1983, Turquía volvió -con limitaciones- a la política de

partidos y en 1988 se levantó el estado de emergencia; al año siguiente, en elecciones sin auténtica competencia, Turgut Ozal se convirtió en el primer presidente civil en treinta años.

En resumen, en la OCDE , Un México subdesarrollado y con su partido de Estado de 65 años, hace mancuerna con Turquía y con nadie más. Ahora bien, como compañero de viaje tolerado por los realmente ricos y democráticos, México ya no tendrá derecho a recibir ayuda de ciertos organismos cuya tarea es auxiliar a los pobres de este mundo. Lo irónico es que muchos mexicanos no están en condiciones de renunciar a ese tipo de ayuda, pero no fueron consultados por los tecnócratas en París.

Debemos de dejar la fantasía a un lado. Nuestra verdadera obligación es volver los ojos a la realidad y no apartarnos de ahí, por penosa que sea. Sólo así podremos encontrar la vía que nos permita llegar a ser lo que podemos y debemos ser. En nuestras condiciones, la fantasía de creernos parte de los ganadores de este mundo, es *wishful thinking*. El problema de México no es esforzarse por parecer desarrollado, que no es, sino sacar efectiva y honestamente a una buena parte de sus habitantes de la miseria extrema en que están.

El mejor ejemplo de nuestro subdesarrollo, de la distancia que aún nos separa de la forma de vida de los países de la OCDE, es la pésima distribución del ingreso. De acuerdo a Las cifras del INEGI en su encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares del tercer trimestre de 1992, la mitad más pobre de los mexicanos sobreviven con

apenas el 16.46 por ciento del ingreso monetario disponible, en tanto que la otra mitad se queda con el 83.54 por ciento. En estas condiciones ¿cómo hablar de desarrollo?, ¿cómo hablar de solidaridad en una sociedad donde el 10 por ciento de Las familias se quedan con más del 40 por ciento del ingreso monetario disponible? Y eso que los cálculos del INEGI son los optimistas, pues están otros, los que se derivan del censo de 1990. Según los expertos, el último censo mostró que alrededor del 20 por ciento de los hogares mexicanos prácticamente no tenían ingresos monetarios y que, en contraste, en el tope de la pirámide social, la concentración es aún mayor que la señalada por INEGI.

Pero, finalmente, Las cifras no dan la verdadera magnitud del problema. Para ello, hay que darles realidad, ponerles lugar, circunstancias y nombres. Voy a echar mano hoy de un ejemplo que se puede repetir *ad nauseam*. Hace poco, en u foro celebrado en la ciudad de Mérida, se discutieron varios casos concretos de problemas urbanos. Entre los ejemplos examinados se encontraba el de la ciénaga del puerto de Progreso, un problema típico de lo que realmente somos.

La angosta franja de tierra que hay entre el mar y la ciénaga, ya se pobló y falta espacio para la expansión de vivienda popular. A ambos costados del puerto se extiende una línea de playa donde por varias decenas de kilómetros, cientos de familias de clase media y alta tiene bonitas casas de recreo: ahí el valor de la tierra es realmente alto. Para los pobres, la única expansión territorial posible es a la espalda del puerto... sobre la ciénaga. Para ello,

deben ganarle terreno al agua rellenando, esperar a que se seque, y entonces construir con lo que se pueda. El relleno se hace con la basura, pues es el material más barato (el cascajo cuesta el doble). El resultado es un asentamiento humano sobre un basurero que despide mañana, tarde y noche, los penetrantes olores propios de una enorme letrina. Esa parte de la ciénaga ya está muerta, y el paisaje de esas viviendas de pescadores es simplemente desolador. Y eso no es todo, hay una carretera construida como parte del programa de Solidaridad, y que corre varios kilómetros por la mitad de la ciénaga. El costo de esa vía que se construyó sobre el agua debió de ser mucho más alto que el relleno sanitario que hace falta, pero la carretera de Solidaridad no beneficia en nada a los pobladores de la ciénaga y sus aguas pestilentes, pues no pasa junto a ellos. No, la carretera sirve para que los dueños de las villas de recreo junto a la playa -que se usan únicamente dos meses al año- lleguen más rápido a su afortunado destino.

Lo realmente extraordinario de la reunión a que me refiero no fue el problema -hay muchos similares-, sino al haber tenido la oportunidad de ver y escuchar a los líderes naturales de la zona de la ciénaga -todas mujeres-, narrar sus razones y esfuerzos por sobrevivir en condiciones particularmente adversas, sin perder los ánimos, la dignidad y el espíritu de lucha.

Tras una breve visita a la ciénaga y sus alrededores, una colega comentó: "es aquí donde están no sólo los problemas, sino los recursos humanos para resolverlos, lástima que el sistema no los

aproveche". En efecto, la solución no está en el exterior -en la OCDE *et al-*, sino en el interior. Pero para encauzar el potencial cívico y productivo de los habitantes de la ciénaga y de mil sitios como ese a lo largo y a lo ancho de México, necesitamos un mínimo de condiciones: contrastes menos brutales entre los habitantes de la ciénaga y sus vecinos, relaciones menos corruptas entre la autoridad y la sociedad. Necesitamos, sobre todo, un sistema político democrático y responsable, capaz de despertar y encauzar hacia las metas realistas y legítimas, la gran energía social que está latente en el país.

Mientras la solidaridad auténtica siga ausente de México como conjunto -lo ha estado desde hace siglos-, el proyecto de hacer de nuestro país una sociedad desarrollada nos es viable. Y mientras es vieja mancuerna de voracidad e irresponsabilidad siga actuando entre nosotros, el asiento que tendremos en la OCDE, y en todas Las otras organizaciones similares, será junto a Turquía... y en eso quién sabe, pues finalmente en este siglo los turcos han tenido, pese a todo, más experiencia que nosotros.